

la traducción del *Miguel de Cervantes Saavedra*, de Fitzmaurice Kelly.

A su estancia en Inglaterra debe probablemente el señor Sanín Cano el haberse familiarizado con el humorismo británico. Su disertación acerca de las revoluciones estuvo sazonada con las sales de este estilo. Aunque a veces pareciera que iba a llegar a la conclusión aparentemente paradójica de que las revoluciones de la América española habían sido un bien, expuso en su conferencia observaciones y pareceres certeros y originales.

Las revoluciones—indicaba el señor Sanín Cano—no han sido un morbo exclusivamente hispanoamericano. Francia, el pueblo de más extensa influencia cultural, ha tenido continuas revoluciones hasta época reciente. Europa conoció estas tormentas hasta que el crecimiento de los ejércitos permanentes, que condujo a la paz armada, dió a los poderes públicos un incontrastable predominio sobre las facciones, en el terreno de la fuerza. ¿Pero ha salido mejor librada Europa con esa solución? La guerra de los cuatro años responde elocuentemente. Las revoluciones no han costado a la América española la vigésima parte de lo que Europa ha despilfarrado en esa guerra, consecuencia de la ficticia paz de las armas. Podría añadirse que, sin llegar a la guerra, el despilfarro de la paz armada era más oneroso que las agitaciones revolucionarias de las jóvenes Repúblicas de ultramar. Estas agitaciones—agregaba el señor Sanín Cano, han producido indirectamente un efecto saludable: han moderado el nacionalismo haciéndole menos exclusivista y permitiendo que se cree un espíritu continental o racial, de comunidad entre los pueblos iberoamericanos. Hay entre los americanos un americanismo que no tiene equivalente de sentimiento europeo en Europa. Por otra parte, los grandes ejércitos permanentes no libraron a Europa de las revoluciones cuando llegó el momento propicio. Las fuerzas militares han sido instrumentos de la revolución en Rusia, en Alemania, en los pueblos del antiguo Imperio austrohúngaro, en Grecia, en Turquía...

Lo anterior no es un puntual resumen, sino un esquema de las ideas expuestas por el Sr. Sanín Cano. Aunque él las desarrollara con un agradable humorismo, propio del estilo de conversación de las conferencias, sus conclusiones no eran humoradas, sino deducciones positivas.

Las revoluciones son una etapa y una forma de un proceso de transformación social. Hay menos opción de lo que se cree en las revoluciones. Ha sido frecuente que en un plano de discusión popular los partidarios de la evolución y los de la revolución disputasen acerca

de la utilidad y legitimidad de uno o de otro procedimiento. La disputa contenía un error inicial. No se trata de procedimientos políticos diferentes, entre los cuales se pueda escoger, después de bien pesados, las ventajas e inconvenientes. La revolución no es más que un momento agudo de una evolución. No hay revoluciones improvisadas, como un efecto de teatro. Podrán improvisarse las revoluciones artificiales, fabricadas por una influencia extranjera, a que aludía el Sr. Sanín Cano y los simulacros de revolución que lleva a cabo una facción o una clase, y que no mudan más que la nomenclatura y la superficie de las cosas; pero la revolución propiamente dicha es un fenómeno natural en que las iniciativas individuales no ponen más que matices. Antes de que la revolución se proclame y salga a las calles, está hecha en el medio social. El que la transformación de una República se opere por la dinámica lenta y constante de la evolución pacífica, depende de circunstancias sociales y no del arbitrio o preferencia de un grupo de exaltados. La revolución es siempre un episodio de una evolución, una explosión que han ido preparando hechos anteriores y que tiene por antecedente, por compañero y mi-

## Asteriscos

Un Gobierno no consiste en los detalles. Un Gobierno consiste en la aplicación de las ideas. El problema del Gobierno laborista es conservar sus ideas limpias, puras y energicas, y, al mismo tiempo, buscar dentro del imperfecto mundo en que vive la mejor manera de aplicarlas.

\* \*

En política no tienen razón sino los oportunistas. Ya sean los oportunistas sueltos y sin ningún peso ideológico como Lloyd George o los oportunistas férreamente adoctrinados como Lenin. Las ideas políticas, aunque haya a quien le parezca absurdo, están limitadas por su posibilidad de aplicación. La misma idea comunista no es igual en Rusia que en Inglaterra. En Rusia es una idea poderosa; en Inglaterra es insignificante. Lo mismo le ocurre, dentro de las variaciones de las circunstancias, a las ideas fundamentales del laborismo. Ese proyecto de nacionalización de las minas, que ha caído en una sola tarde en la Cámara de los Comunes, sin provocar demasiados entusiasmos ni demasiadas indignaciones, será un proyecto que enardezca a la masa entera del país en cuanto los laboristas tengan mayoría parlamentaria. Hoy, por esto, no es un pecado muy grave que el Gobierno lo haya abandonado a su propia suerte.

CÉSAR FALCON

(*El Sol*, Madrid).

nistro, un estado pasional más eficaz que el razonamiento. Hechos como la separación pacífica entre Suecia y Noruega, por ejemplo, o al revés: la unidad italiana y la unidad alemana, no pueden producirse sin una preparación social y una anterior educación política. No son obra de un hombre, aunque encuentren el hombre necesario, porque el ambiente está preparado para facilitar la obra del ejecutor.

En los pueblos hispanoamericanos, la frecuencia de las agitaciones revolucionarias no es argumento contra su capacidad política. Las revoluciones de América son episodios de un proceso constituyente natural en pueblos nuevos, que no habían podido hacer su aprendizaje político bajo el régimen de los virreinos. Son una crisis de crecimiento de naciones jóvenes que están construyendo su Estado. Comunidades políticas desprendidas de España, han heredado de ella la necesidad constituyente; más el proceso ha tenido que ser distinto en la España peninsular y en las repúblicas hispánicas del Nuevo Mundo. Sobre aquéllas pesaba y pesa grandemente la herencia histórica y la paralización secular de la vida cívica desde los Austrias. En los nuevos pueblos hispanoamericanos la independencia rompió las ataduras tradicionales y dejó reducida la tradición a valores de orden espiritual, modificados por influencias de otros pueblos. Allí el Estado ha debido constituirse de nueva planta, bajo influjos diferentes como el de la Revolución Francesa, el ejemplo de Norte América, revelado en la propensión a las formas federales, y el fondo nativo del carácter y costumbres españolas, no muy alterados por las infiltraciones y mezclas étnicas.

Este proceso constituyente no aparece hasta ahora demasiado largo si se consideran las circunstancias de los pueblos hispanoamericanos: lo reciente de su emancipación, su falta de educación política anterior y la escasa densidad de su población, diseminada, por lo general, en grandes territorios. En algunos pueblos está ya produciendo admirables resultados. En un Congreso panamericano, la Argentina ha podido vanagloriarse de sostener más maestros que soldados. Van creándose en los pueblos más avanzados en este proceso estructura y sistemas políticos estables. Se inician transformaciones políticas y sociales como las de Méjico y el Uruguay, y en toda esta familia de pueblos se han consagrado ciertos principios, como la forma republicana, el ideario democrático, la aspiración cultural y el ansia de modernidad, que a todos, así a los señores como a los rezagados, los envuelven en una semejante atmósfera moral, los aproximan y favorecen sus inteligencias.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(*La Voz*, Madrid).